

no considero apresurada la declaración de la Oficina política de mi partido, hecha en las primeras horas de la invasión, condenándola de manera explícita, y cuyo texto no he hallado en la prensa soviética, donde se limitan a decir que "algunos comunistas franceses" han desaprobado lo que allí se llama el "noble" empeño de los ejércitos del Pacto de Varsovia.

«Estoy, sin embargo, infinitamente conmovido por la solicitud con la que la "Lit-Gaz." se inquietó por mí y especialmente por la posibilidad de que me sienta ridículo el día en que me vea obligado a reconocer mi "error". Puedo tranquilizar a este noble periódico: no hay la más pequeña posibilidad de que nunca me desolidarice de la declaración de la Oficina política del P.C.F., hecha a primera hora de la invasión (...) en todo caso tengo la certeza de que lo odioso está del lado de quienes dan un nombre falaz

a la invasión brutal de Checoslovaquia, a la ruptura insolente de la fraternidad entre los partidos comunistas, al recurso a la fuerza como método de discusión.

«Yo, por mi parte, llamo al pan pan. Y, a pesar de la imagen militar que de él se nos da en otros lugares, deseo el triunfo del socialismo. En mi país. A pesar de los descalabros infligidos en el mundo entero a la causa del comunismo en nombre del propio comunismo y bajo su bandera. Añadiré que si un día la autocritica de quienes son responsables de ello llegara, por azar, a restablecer a los checos en sus derechos y a lavar así la frente del gran pueblo soviético del que se abusa y al que se mantiene en la ignorancia, de ese pueblo por el que desde hace tantos años y en tiempos difíciles siempre he señalado mi profunda admiración, no lo encontraría ridículo, sino verdaderamente noble».

LA HABANA: POLITICA AUTONOMA

Reafirmación del análisis castrista

La línea de la Habana se ha visto reafirmada a partir del discurso fidelista del 23 de agosto, al resultar masivamente refrendada por todos los organismos de base y dirección del país y por numerosos movimientos revolucionarios. Los sucesos de Checoslovaquia han proporcionado a Castro la oportunidad de subrayar con muy fuertes trazos el carácter específico de su concepción de las transformaciones político-sociales. Su amplia y matizada declaración —ya comentada en estas páginas— reviste un mayor alcance político, tanto en el nivel interior como en el internacional, y sobre todo en el tercer mundo, que el que podría derivarse de una mera manifestación personal, y es lamentable que en Europa —salvo escasísimas excepciones: Claude Julien en «Le Monde», por ejemplo— se le haya prestado tan escasa atención. Su trascendencia radica no sólo en la perspectiva estratégica rigurosamente independiente que preconiza, sino también, y de modo muy señalado, en el análisis crítico de las sociedades socialistas, que desarrolla en profundidad, abarcando desde los principios hasta los métodos. Los ecos, documentalmente expresados, que ha logrado su palabra ponen de relieve la importancia que se ha conferido a este aspecto de su discurso, el fundamental según nuestro parecer.

A título de muestra recogemos algunos párrafos de las principales reacciones suscitadas en diferentes organizaciones, en un momento en que, por otra parte, se acentúa el divorcio en América entre la línea fidelista y la de los partidos comunistas oficiales con la difusión de una extensa proclama de César Montes, uno de los jefes de las F.A.R., en que se formula un deslinde de carácter radical. La Central de Trabajadores se refiere «a las causas que condujeron

a esta situación (la de Checoslovaquia), tales como el burocratismo, el dogmatismo..., el mercantilismo y toda una serie de concepciones erróneas...». Por su lado la «Asociación de agricultores pequeños» establece entre sus objetivos «... la erradicación de los residuos del individualismo» y la lucha «contra la concepción de los estímulos materiales». La «Federación de Mujeres» habla de «la inmensa responsabilidad de la formación del hombre nuevo... del que no ha de conocer de egoísmos ni mezquindades». Al poner por ejemplo a Guevara, la organización juvenil se refiere a su «formidable ideario sobre la formación del hombre nuevo y cuyas previsiones se confirman en los acontecimientos de Checoslovaquia». Al aludir a sus realizaciones, esta misma organización declara que «de nada valdría que factores ajenos a la conciencia, estimuladores del egoísmo, hubieran sido los movilizadores...».

Es previsible, pues, que se acentúe la política autónoma del castrismo, a la vez que se concreta su aproximación a Bucarest, Pyongyang y Hanoi. A la luz del texto del discurso y de sus repercusiones resulta transparente la diferencia de raíz que separa a la empresa transformadora de la Habana, de los procesos registrados en otros países. Esta diferencia no afecta solamente, insistimos, al carácter de la movilización interior realizada bajo el signo de la denominada «ofensiva revolucionaria» sino también a los puntos esenciales de la estrategia y la táctica, frente a la «razón de estado» y al egoísmo nacionalista. Parece lógico, en consecuencia, predecir la conmoción que ha de afectar con seguridad, a plazo más o menos largo, a los inmovilizados planteamientos de muchos movimientos de pronóstico transformador. ■ E. G. R.

LAS ESCUELAS INUTILES

La enseñanza en los países subdesarrollados

Si les digo que hay más de 750 millones de analfabetos en el mundo —40 por ciento de adultos— ustedes se encogerán de hombros. Si añado que la Unesco ha organizado recientemente en París una jornada internacional de alfabetización, pasarán la página. Si les recuerdo que sólo un 30 por ciento de niños en edad escolar van a la escuela, podrán decir: «No es

asombroso que aumente el analfabetismo. Así pues, que los gobiernos construyan escuelas y contraten maestros».

Y, entonces, es cuando les he cogido. No han comprendido nada. Desde hace docenas de años, el tiempo que se ocupan de la cuestión del analfabetismo, las gentes de la Unesco han descubierto ciertas verdades que les inte-

resan, entre las cuales —cito—: «Los sistemas escolares son las máquinas más reaccionarias y antidemocráticas del mundo». Pretender liquidar el analfabetismo por la escuela universal y obligatoria, en el sentido clásico, es sencillamente idiota. Si quieren saber por qué, continúen leyendo. No es un bla-bla-bla humanitario lo que voy a hacer.

Hace doce años, la Unesco pretendía aún ayudar a los países subdesarrollados a escolarizar la totalidad de sus niños. Fue un fracaso: en Costa de Marfil, sobre cien niños que ingresaron en el curso preparatorio, llegaron dieciséis al certificado de estudios; en Brasil, sobre cien niños que ingresaron en primaria, llegaron dieciséis a secundaria; en general, el 75 por ciento de los niños escolarizados en América Latina no terminan la escuela primaria. En cada clase hay más alumnos repetidores —por tercera y cuarta vez— que «normales».

De donde se deduce esta primera constatación: la escuela, tal como la

desarrollado no tiene sentido ni utilidad más que si plantean al mismo tiempo formación intelectual y trabajo práctico.

Es lo que preconizaba René Dumont —en *L'Afrique noire est mal partie*— con sus granjas-escuelas en las que, desde la edad de diez años, los alumnos van al campo por la mañana y estudian por la tarde, y descubren, al trabajar manualmente, la necesidad del estudio y, por el estudio, las mejoras posibles de sus métodos productivos. La escuela, finalmente, producirá su subsistencia, «recondensará su presupuesto». Es, también, lo que recomendaba la Unesco en la Conferencia Internacional sobre la planificación de la educación en su informe de agosto pasado.

Esta escuela revolucionaria supone la supresión de las barreras de clase, de casta, de raza; y supone también, basada como está en el trabajo colectivo y la reciprocidad, que la tierra no pertenezca más al señor feudal, ni la fábrica o la mina a un monopo-



conocemos, con sus aulas, sus profesores, su enciclopedismo y sus métodos intelectualistas, basados en la memorización, la repetición, la disciplina, no es otra cosa que un despilfarro sorprendente de recursos, ya raros, de tiempo y de energía. La mayoría de los alumnos sale de los cursos habiendo perdido, para toda la vida, el gusto de aprender. Para la minoría que llega hasta el fin de primaria, he aquí el panorama: vuelve al seno de su familia, rural e iletrada; no ha aprendido a trabajar la tierra mejor que sus antepasados; no encuentra a su alcance ni libros, ni carteles, ni incluso, en los casos extremos, placas de las calles en las que poder leer: en pocos años volverá a caer en el analfabetismo. O bien, caso bastante frecuente en algunos países africanos, esta minoría iletrada en un medio analfabeto cree haber adquirido en la escuela cartas de nobleza y se negará a trabajar manualmente y no aceptará otro puesto que no sea el de funcionario en la ciudad.

Se deducen dos conclusiones: en principio, la escuela en un país sub-

desarrollado no tiene sentido ni utilidad más que si plantean al mismo tiempo formación intelectual y trabajo práctico.

En este sentido —y es la segunda conclusión—, deberá propulsar el desarrollo cultural de toda la comunidad incluidos los adultos.

La alfabetización de los adultos es, en todas las hipótesis, un imperativo, e incluso una prioridad. Los revolucionarios cubanos, una vez más, lo habían comprendido al emprender al tiempo la escolarización de todos los niños y la alfabetización en un año de 30 por ciento de adultos iletrados. En Tanzania, donde la difusión de la instrucción era bastante más débil que en Cuba, Julius Nyerere podía sostener que la educación de los adultos debe preceder a la escolarización de todos los niños: «La aportación dinámica de nuestros niños a nuestro desarrollo no se notará más que en cinco, diez o incluso veinte años, mientras que la educación de los adultos puede hacer sentir sus efectos inmediatamente».

El costo de una campaña de alfabetización puede ser muy bajo: «La al-